

2.24

Pascual Carbonell

Jerónimo Cornelles

Él.

Casi sesenta.

Un hombre corpulento, casi obeso.

Pelo cano.

Ojos marrones y mirada triste.

Atractivo.

Mofletes sonrosados.

En sus pies un maletín de piel desgastado del que salen algunos documentos. Zapatos viejos, pero limpios.

Lleva un abrigo largo marrón chocolate con coderas, el último botón de la camisa desabrochado y el nudo de la corbata deshecho.

En su mano izquierda, reloj plateado.

Anillo de casado.

Hay algo en su "estar" que transmite cierta alegría infantil y serenidad.

Ella.

Cincuenta y pocos.

El color de su pelo varía de negro azabache en invierno a rubio platino en primavera, rojo pasión en verano y castaño claro en otoño.

Viste elegante, sobria. Cambia sus zapatos de tacón alto por zapatillas deportivas blancas que guarda en el bolso, una vez que se ha sentado en el vagón.

Alta y delgada, sin mucho pecho. Piernas larguísimas que muestra con shorts y faldas por encima de la rodilla; siempre con medias.

Las piernas son, sin duda, su mayor atractivo.

Mira sin ver.

Lee sin leer.

Carta 0

Estimado señor/a:

Le remito la presente acotación para notificarle que un metro ha frenado al llegar a su antepenúltima estación. Las puertas se han abierto escupiendo a una marea de gente que abandona los vagones. Un instante después las puertas vuelven a cerrarse.

Dicho metro reanuda su marcha dando paso a un silencio suburbano.

En uno de los vagones, Él y Ella están sentados en asientos alejados y enfrentados.

Solos.

Pasan dos minutos y veinticuatro segundos.

El metro se detiene en la penúltima estación, Él se levanta y se dispone a salir.

Un papel se desliza entre sus cosas y cae delante de Ella.

Las puertas se abren.

Ella se agacha para coger el papel y dárselo a Él, pero cuando se incorpora, Él ya ha salido y las puertas se han cerrado.

El metro reanuda su marcha.

Ella mira el papel, duda un instante y lee.

PD. Oscuro.

Carta 1

Él.

Miércoles, 24 de octubre.

El olor a pan recién hecho.

Chupar el pezón de una buena teta.

Beber solo, fumar a las tres de la mañana delante de(...)

Solo.

Llorar solo, estar sin nada más que tu(...)

Sin sentir nada.

Sin desear nada, sin soportar ese peso que(...)

Correrme en la mano pensando en otra.

Otra noche sin estrellas.

Follar sin saber cómo, acariciar sin saber cómo, hablar sin entender(...)

Un amigo te llama sólo para decirte(...)

Una mirada encontrada.

El piropo de tu(...)

Los celos de mi(...)

Dejarte una y mil veces para volver a encontrarte.

Leche, 4

Agua

Patatas fritas, 3

Coca colas, 5

Detergente

Pasta de dientes

Balas del calibre 9mm, 2

Pizzas congeladas, 3

Pechugas de pollo

Atún
Pan, 2
Compañaje
Papel del váter

Cosas pendientes:

Escribir un libro.

Plantar un árbol.

Matar a un ciervo.

Tener una aventura.

Tener una aventura.

Tener una aventura.

Volverme un paraguas.

Tener una aventura.

Y cuando bebo más de cuatro copas, o me vomito encima o me cago en los pantalones. Puestos a elegir, siempre he preferido esta última opción. Sin duda, la más placentera.

Dos y veinticuatro, sin miedo.

Dos y veinticuatro segundos para el resto del día.

Dos minutos, veinticuatro cosas para decirte tantas cosas.

Dos minutos y veinticuatro segundos cada día.

Dos piernas cruzadas.

Dos minutos y veinticuatro puñaladas sin verte.

Dos minutos y veinticuatro segundos que hacen que merezca la pena.

Dos vidas y veinticuatro horas para soñarte.

Dos minutos y veinticuatro segundos solos, tú y yo.

Dos minutos y veinticuatro segundos para cruzar la frontera que separa la cordura del delirio.

Sé que sin mirar me miras.

¿Por qué me costará tanto decir adiós?

Adiós.

Carta 2

Ella.

Jueves, 25 de octubre.

Hola.

PD: ¿Qué es companaje?

Carta 3

Él.

Viernes, 26 de octubre.

Hola.

P.D. Companaje es lo mismo que fiambre, algo para poner "con pan".

Gracias por no cambiar de metro.

Me llamo Marcos.

Carta 4

Ella.

Lunes, 29 de octubre.

Querido señor Marcos.

Le reconozco que mientras escribo estas palabras estoy un poco nerviosa; aunque también sé que esta sensación de ser devorada por cientos de lombrices no será nada en comparación a cómo me sentiré cuando mañana deje este papel en el vagón junto a la puerta de salida. Confieso que realmente dudo en saber si mi cerebro será capaz de dar la orden de depositar esta nota sobre el asiento sabiendo que usted estará atravesándome con su mirada.

¿Sabe? Deseaba tanto que llegara el viernes para ver si obtendría su respuesta que apenas pude dormir en toda la noche. Me sentía igual que cuando de niña, excitada ante la visita inminente de Papá Noel, me quedaba toda la noche en blanco, sin dormir.

Querido señor Marcos, le confieso que cuando su primera nota llegó a mis manos dudé en si realmente era para mí o simplemente fue el azar quién provocó que aquellas palabras tuyas se cayeran de su maletín. Le confieso también, que aún hoy, lo sigo dudando.

Por favor, si es así, no me lo diga.

Detesto la caridad.

Si es así, simplemente no vuelva a escribirme y, entonces, prometo que yo jamás volveré a mirarle y tampoco le volveré a preguntar lo que ahora estoy a punto de escribir:

¿Para qué quiere usted dos balas de 9mm?

Carta 5

Él.

Martes, 30 de noviembre.

Las dos balas de 9mm son para matar a un ciervo.

¿Sabe? Hace días que apenas duermo pensando en usted y en sus cartas. El insomnio, mi otro compañero de viaje, me consume trayendo hasta mí su imagen cargada de deseo.

Carta 6

Ella.

Miércoles, 31 de octubre.

Señor Marcos, usted no tiene aspecto de cazador. ¿O tal vez sí?

PD. Para el insomnio no hay nada como dos diazepam y un buen trago de ginebra.

Carta 7

Él.

Viernes, 2 de noviembre.

Estimada señora, gracias por sus consejos. Pero yo sé perfectamente lo que necesito para poder dormir.

Ayer cerré los ojos y viajé a Buenos Aires hasta el cementerio de Chacarita para dejar unas flores; tres cuerdas hacia abajo y a dos

cuadras de Gardel, allí está la tumba de mi madre. A mi lado, y cogida de mi mano, estaba usted.

Que pase usted un buen fin de semana.

PD. No soy un hombre religioso, lo que pasa es que soy un hombre de costumbres.

Carta 8

Ella.

Lunes, 5 de noviembre.

Qué extraña ¿coincidencia? El pasado 1 de noviembre fui al cementerio a depositar flores a mis muertos y cada hombre que veía me recordaba a usted.

El subconsciente a veces nos juega malas pasadas...

Resulta curioso, nuestros deseos se confunden y nos confunden. Y, mientras tanto, el tiempo pasa.

Tengo miedo, señor Marcos, tengo miedo a perderme en sus brazos. Miedo a no volver a ver las estrellas, miedo a confundirme, miedo a enloquecer y a que usted enloquezca durante dos minutos con veinticuatro segundos, miedo al dolor, miedo al color rojo, miedo a los cristales... miedo a las sombras que acechan la noche.

Tengo miedo a no salvarme y a que nadie me salve.

Carta 9

Él.

Martes, 6 de noviembre.

Querida señora, no tenga miedo. Yo estoy aquí.

Carta 10

Ella.

Miércoles, 7 de noviembre.

Querido señor Marcos, sé que está ahí, le veo cada día aunque finja no hacerlo... La pregunta es: ¿va a ser usted quien me salve?

Carta 11

Él.

Jueves, 8 de noviembre.

¿Salvarla? Ni yo soy un caballero andante ni usted una dulce doncella. Como usted me dijo, nuestros deseos se confunden y nos confunden y, mientras tanto, el tiempo pasa.

Querida señora, creo que quizá ya es hora de poner las cartas sobre la mesa.

Desde hace varios meses, ambos compartimos una línea de metro y, cada noche, en el breve trayecto entre dos paradas, exactamente durante dos minutos y veinticuatro segundos, nos quedamos completamente solos. En todo ese tiempo evitamos encontrar nuestras miradas, sobre todo usted, pero día tras día, una gran atracción ha ido creciendo entre nosotros..

¿No es cierto?

El por qué mi nota llegó a sus manos es un misterio también para mí, aunque muchas de las cosas que en ella decía las escribí pensando en usted, nunca fue mi intención que la leyera. Debo admitirle que, a pesar de ello, me alegro de que ocurriese.

¿Caridad? Sus larguísimas piernas no la necesitan. Soy yo quien le agradece que no cambiara de vagón tras leer mi lista de la compra y, bueno, de aquellas cosas por las que merece la pena seguir cogiendo este metro cada día para ir y volver de mi trabajo.

Aunque ahora, para mí, lo más importante es saber que cada noche volveré a coger el metro y usted estará dentro, esperándome. Bueno, a lo mejor no esperándome a mí, pero quizás sí esperando una nueva carta.

Querida señora, usted se ha convertido en mi fe.

Ya le he enseñado todas mis cartas. Ahora estoy en sus manos.

Sinceramente,

Marcos.

Carta 12

Ella.

Viernes, 9 de noviembre.

"Tras copular, la mantis religiosa hembra, devora la cabeza del macho".

Escrita esta pequeña reflexión le pregunto: señor Marcos, ¿cree que soy boba?

Sinceramente, su última carta me indigna. ¿Quién se ha creído que es usted?, es más, ¿quién se ha creído que soy yo?

Como usted mismo dice: ni es usted el súper héroe de una novela de aventuras, ni yo soy la jovencita rubia que necesita ser rescatada de la torre custodiada por el terrible monstruo.

¿Realmente cree que yo pienso que fue el azar quién hizo que su primera nota llegara a mis manos?

Acaba de perder uno de sus comodines.

Sí realmente eso fuera así, yo jamás le hubiera contestado.

Querido señor Marcos: usted no me conoce, usted no sabe nada acerca de mí.

Así que no vuelva a tratarme como una chiquilla a no ser que yo se lo pida expresamente, (a pesar de que yo me conservo infinitamente mejor), soy casi tan vieja como usted.

Querido señor Marcos, ninguno de los dos somos ya adolescentes, así que, si realmente quiere jugar conmigo, juegue. Pero hágalo como un hombre. Si realmente quiere entrar en el castillo a rescatarme, sea consciente de que puede acabar muerto.

Así que, si realmente quiere continuar viéndome en el metro y quiere que continúe respondiendo a sus mensajes, sea sincero y no vuelva a mentirme nunca más.

Jamás vuelva a subestimarme.

Jamás.

Expuestas las normas del juego al que "yo" quiero jugar y vomitar mi malestar, añadir que espero (de todo corazón) que sea usted inteligente y no malinterprete las palabras anteriores, como ya le dije, odio la caridad, cualquier tipo de caridad. Tanto propia como ajena.

Por cierto, ¿cómo sabe usted que no necesito caridad? Usted no ha visto el origen de mis larguísimas piernas, sólo lo imagina... lo huele... ¿Sabe? Detesto la ignorancia camuflada de soberbia, tanto o más que la caridad.

Escrito esto, termino esta nota diciéndole que no se preocupe, esta vez estoy dispuesta a disculpar su mentira infantil. Pero recuerde: soy una mujer que perdona, pero no olvida, con lo que también soy una mujer que sí da segundas oportunidades, pero nunca terceras.

Tal vez piense que soy arrogante o prepotente al leer lo que acabo de escribir, y tal vez tenga razón, pero ese no es el tema importante. El tema realmente importante es que, tal y como usted dice, le tengo en mis manos, ¿verdad? Desde el momento que escribió su primera carta se puso en mis manos y se arriesgó a perder su libertad.

¿Arrepentido?

Aún está a tiempo de parar esto.

Si por el contrario decide continuar jugando, tendrá que llegar hasta el final con el riesgo de perder. Pero, querido señor Marcos, ¿se imagina todo lo que puede ganar si acaba la partida y llega hasta la torre?

Estas son mis cartas, este es mi juego.

Le toca mover ficha. Atrévase a entrar en el castillo. ¿Para qué quiere usted una pistola y dos balas de 9mm?

Antes de contestar, recuerde: nunca doy terceras oportunidades.

Carta 13

Él.

Lunes, 12 de noviembre.

Estimada señora,

Las dos balas de 9mm son para matar a mi mujer y pegarme un tiro después.

No me diga que no lo sabía. Usted ya sabe que estoy casado, vi como miraba mi anillo disimuladamente.

Atentamente.

Marcos.

Carta 14

Ella.

Martes, 13 de noviembre.

Querido señor Marcos.

Antes de nada he de decirle que nunca más se vuelva a referir a mí como "estimada señora", (eso me hace sentir vieja). Y sí, lo soy, pero no tiene usted por qué recordármelo en cada una de sus notas.

Señor Marcos, por supuesto que sabía para qué eran esas balas. Sólo quería que usted lo reconociera.

Dicho esto le lanzo un reflexión y acto seguido le formulo una pregunta: "La vida nunca deja de sorprendernos". ¿Sabe dónde estuve ayer?

Tic tac, tic tac..

Sí, consumida por la fiebre consumista decidí salir de compras y, al igual que gran parte de los mortales, fui a uno de esos detestables centros comerciales donde en quinientos metros cuadrados puedes comprar todo lo necesario para ser un poco más feliz.

Entonces, fruto de la coincidencia, casualidad, azar o destino, le vi.

Al principio no di crédito, incluso no estuve segura hasta pasados unos minutos.

Le vi,

con aquella mujer/foca neandertal que sin duda debía de ser su mujer.

Le vi,

acompañado de una gritona pre-adolescente que arrojaba todo tipo de alimentos llenos de edulcorantes y conservantes cancerígenos dentro de su carro.

Le vi,

cansado y agotado empujando aquel carro, mientras la terrible mujer, transformada ahora en gallina, cacareaba a su lado intentando poner orden en aquel caos reinante.

Le vi

y entendí su carta del lunes. Entendí su dolor.

Le vi y decidí seguirle.

Y fue mientras caminaba detrás de usted cuando entendí por qué quería matar a aquella gorda vestida con esa terrible bata rescatada de un montón de saldos, con el pelo grasiento recogido con una estúpida diadema, de culo inmenso y zapatillas de felpa...

Entendí que quisiera matarla y entendí que quisiese suicidarse.

Con cada uno de los pasos que aquella mujer daba, hacía que todo aquel edificio temblase poniendo en peligro la vida de todos los seres humanos que estábamos allí dentro.

Con cada uno de aquellos pasos que la ballena daba, sus costillas comprimían sus pulmones impidiéndole respirar.

Y le confieso que mientras usted respiraba con dificultad intentando aparentar no sé el qué, lloré.

Lloré por mí, pero también lloré por usted.

Fue en ese momento, cuando entendí que su vida era exactamente igual que aquella cola que usted hacía frente a la caja del supermercado: lenta, incómoda y llena de gente insoportable.

Entendí que buscara una salida y la razón por la que había acudido a mí. Usted me necesita para poder llegar hasta la torre.

Le confieso que hubo un momento en el que estuve a punto de ponerme en su campo de visión, sentí que si usted conseguía verme entre aquel circo podría recobrar el aliento y podría continuar empujando el carro hacia delante.

Pero justo cuando estaba dispuesta a salvarle, aquella niña/criatura, (fruto de alguna noche de pasión antigua o consecuencia del resultado de intentar salvar un matrimonio que ya hacía años que había naufragado), le mostró un panfleto de un parque temático que usted guardó en su bolsillo derecho.

Y algo cambió en su expresión.

Creo que desde que le conozco no le había visto sonreír. Comprendí todas sus dudas y temores. Comprendí que usted "crea" que son dos balas las que necesita y no tres.

Pero querido señor Marcos, su dolor es suyo. Y ni usted puede salvarme a mí, ni yo puedo salvarle a usted.

Señor Marcos, quizás, debería parar todo esto... Quizás usted no quiere realmente jugar esta partida. Quizás, mañana, debería hablar conmigo para terminar con el juego al que usted me ha invitado a jugar.

Carta 15

Él.

Miércoles, 14 de noviembre.

Estimada... amiga,

Yo no la he invitado a jugar a nada. Este es su juego. Y en su juego, usted pone las reglas.

Carta 16

Ella.

Jueves, 15 de noviembre.

Muy bien, de acuerdo.

Juguemos, pues, a mi juego.

Señor Marcos, mañana, si realmente está decidido a continuar, suplico, que sin mirarme directamente a los ojos me coja la mano y baile conmigo el tango que a continuación le escribo.

Por favor, hágalo, pero no lo haga por caridad.

Hágalo sin dirigirme la palabra.

Si lo hace, si me habla, es muy probable que todos mis músculos se paralicen... yo también soy muy cobarde, señor Marcos, y aquello que le conteste no será lo que usted desea escuchar, y eso le hará abandonar esta partida.

"Alma mía, sólo falta media hora
y sonriente bajarás del largo tren,
tus miradas rondarán ansiosamente
por la gente que pasea en el andén,
y en mi cuarto con tu carta entre mis manos
y dos lágrimas que marcan el reloj,
el momento de la hora que se acerca
no lo puede soportar mi corazón.

No me esperes esta noche...

no me esperes corazón.

Cómo quisiera abrazarte,

cómo quisiera besarte

y entregarte el corazón.

No me esperes esta noche,
mi fracaso puede más.
A mi lado está el infierno,
soy tristeza, soy invierno,
no me esperes nunca más.

Alma mía, sólo falta media hora
y sonriente bajarás del largo tren,
el momento de la hora que se acerca
no lo puede soportar mi corazón."

Carta 17

Él.

Viernes, 16 de noviembre.

Encantadora compañera de trayectos ferroviarios,

Apenas pude dormir anoche pensando en usted. Sé que no puedo hablarle.

Sé que no puedo ni debo hablarle.

Creo, que si lo hiciera, esta relación, estas cartas, todo, se
acabaría. Yo también soy muy cobarde y no deseo que esto acabe.

Prefiero que el juego continúe así.

¿Sabe? Soy un patoso y no sé si eso de bailar juntos va a ser una
buena idea. Temo pisarla y estropearlo todo. Al igual que con mis
palabras, temo decepcionarla y estropearlo todo. La decepción ha sido
mi habitual compañera de viaje y tanto me han decepcionado como yo he
decepcionado en todos estos años de pura decepción.

Algo dentro de mí me dice que mañana, y quizá nunca, usted y yo no bailaremos, abrazados al calor de un tango. Usted me mirará sin ver mientras a mí me sudará hasta el alma. Mil toneladas de terror decepcionante harán que solamente me levante de mi asiento una vez que el metro se haya detenido y, sin mirar atrás, dejaré caer esta carta, testigo documental de mi nuevo fracaso.

O tal vez sí bailemos. Durante dos minutos y veinticuatro segundos eternos. Y cual mantis religiosa macho acepte mi destino y, tras un tango mortal, muera devorado entre espasmos de placer. ¡Qué acto tan sublime! Y tan caritativo, el de la mantis hembra. Quizás por eso sea religiosa. Perdone mi sentido del humor, lo sé, decepcionante.

Carta 18

Ella.

Lunes, 19 de noviembre.

Señor Marcos, el viernes no me sacó a bailar, me ha decepcionado. Casi tanto o más que cuando el lunes pasado le vi en el centro comercial sin que usted me viera...

Señor Marcos, de la decepción a la desilusión tan sólo hay un paso.

Carta 19

Él.

Martes, 20 de noviembre.

¿Coincidencia? ¿Casualidad? Empiezo a creer en el destino...

No fue el afán consumista el que dirigió sus pasos hasta el centro comercial. Fue algo más fuerte. Usted me encontró. Me encontró a mí. En el centro comercial.

Yo también he estado pensando en lo que ocurrió aquel día... ¿Por qué no me dejó que la viera?, hubiera estado bien.

Habría tenido que fingir no verla y, como dos amantes furtivos, nuestras manos se hubieran rozado apenas unos segundos a través de la estantería de conservas.

Me alegra que estuviese allí, rodeada de miles de personas, sin comprar nada. Sola. Buscando algo que ni usted ni yo logramos encontrar.

Me alegra que me viera.

Me alegro de que la viera a ella.

A mi mujer. A esa foca, como usted la llama.

A mi mujer, la neandertal, que ha criado a mis tres hijos y me ha mantenido durante más de veinte años.

A mi mujer, la gorda vestida con una bata espantosa, que me ha querido como nunca nadie me querrá jamás.

A mi mujer, la ballena que hace temblar los cimientos allá por dónde pasa, que ha soportado mi intolerable aburrimiento sin la menor queja y que aún se enorgullece de mi total mediocridad.

A mi mujer, la gallina, la terrible, la del culo inmenso, que sigue amando a un hombre que, desde ya no recuerda cuándo, ha dejado de tocarla como a una mujer.

Quizás mi mujer encuentre en la comida un sustituto eficaz a un marido inútil, vago y sin gracia que le ha hecho perder, sin duda, los mejores años de su vida.

Y por todo ello sólo se merece una bala de 9mm. La otra me la merezco yo, por matarla. ¿Mis razones? Creo que mis razones son más que suficientes, aunque nadie las comprenda, ¿o no?...

Usted, probablemente sin quererlo, se ha convertido en mi compañera de viaje, en mi confidente, en mi amiga. Pero yo siempre me bajo un poco antes que usted. Y por ello me pregunto: ¿qué hay después de mi parada?

A lo mejor sólo usted.

Un sueño. Estamos sentados frente a frente en un vagón cualquiera de un metro cualquiera. Como éste. Me mira a los ojos y me pide que la bese. Justo en el instante en que nuestros labios van a tocarse se detiene el metro y se abren las puertas. Pero yo no salgo. Y las puertas vuelven a cerrarse.

Para siempre.

No se asuste, pero creo que la quiero.

¿Volveré a verla mañana?

Marcos.

P.D. Si le sonreí a mi hija Claudia no fue precisamente ante la perspectiva de una visita a un parque temático. Nada más lejos de la realidad. Pensaba en el momento en el que su corazón dejara de latir y en el grado de presión que sería necesario ejercer en el cuello de una niña de ocho años para, sin romperlo, llegar a estrangularla.

Aún no me ha dicho cómo se llama.

Carta 20

Ella.

Miércoles, 21 de noviembre.

Querido señor Marcos, muchos son los conceptos que se me amontonan en mi mente. Ideas y frases que como si de fuegos artificiales se tratasen, salen despedidas sin control, sin orden, inconexas..

Le escribo esta carta de madrugada bajo el calor de las mantas mientras afuera llueve. Tumbada sobre una cama, que hace bastante tiempo desea la visita de algún cuerpo ajeno al mío.

¿Amor? ¿Me habla usted del amor, Señor Marcos? ¿Me dice que "cree" que me quiere? ¿Cómo se atreve? Ni siquiera fue capaz de verme en el centro comercial...

Creer... Yo no creo, señor Marcos...

Le confieso que estos últimos días, mientras viajábamos en el metro me he sentido frustrada, cada noche y durante todo el trayecto he anhelado que usted se levantara de su asiento y me sacara a bailar.

Pero usted no lo ha hecho, señor Marcos, no lo ha hecho.

Durante poco menos de dos minutos y medio usted me observaba mientras yo esperaba con los ojos cerrados el contacto de su mano ofreciéndome salir a la pista...

¿Sabe? Cuando era más joven mi cama no se sentía sola ni vacía... Pero un día alguien dejó de creer... Y ¿sabe? no soporto sentirme invisible. Me hace recordar otros tiempos, tiempos de los que ya no queda nada... sólo sombras.

En estos últimos días el metro se ha detenido, las puertas se han abierto y usted ha salido. Cada día quería "creer" que seguía ahí, pero "sabía", "sabía" que ya no estaba, pues no me sentía abrazada por su mirada.

Las puertas se cerraban, el metro continuaba su camino, y pasados algunos segundos, abría los ojos y veía el vagón vacío. Y en el suelo, frente a la puerta, sus cartas.

Hasta su carta de ayer.

Le reconozco que sentía pánico a leerla, no sabía qué me encontraría... Seguía sin entender por qué no me había sacado a bailar... Se lo había suplicado, señor Marcos, se lo había suplicado. No podía comprender por qué no me sacaba a bailar.

Pero hoy, cuando salí a la calle aferrando con fuerza su carta y al llegar a mi casa, comenzó a llover. Y fue allí, frente al portal, cuando desdoblé la hoja y leí su nota.

Y fue mientras leía sus palabras, cuando el agua de la lluvia se llevó toda la incomprensión por el desagüe.

Ha sido en ese momento, completamente empapada, cuando he entendido sus palabras y sus acciones anteriores.

He entendido que no me haya sacado a bailar, y no porque sea cobarde, que también lo es. Sino porque tal y como usted dice, "cree" que me quiere.

Ahora podría decirle que le entiendo, pues realmente no puede usted quererme, no me conoce; jamás me ha dirigido la palabra, no sabe cómo me llamo... Sólo soy el fruto de algunas miradas furtivas y algunas notas escritas en papel.

Pero no quiero decirle eso.

La reflexión que quiero hacerle es: si me quisiera, me hubiera sacado a bailar, ¿verdad?... Y yo sé que sí me quiere, así que: ¿por qué me miente y se miente? ¿Por qué juega tan mal con las palabras?... Deje de tener miedo, deje de temer ofenderme o molestar-me. Es precisamente su censura la que me ofende.

Censúrese con su mujer, pero no se censure conmigo..

Ya está dentro del castillo, continué avanzando hacia la escalera que conduce al primer piso.

Querido señor Marcos, cuando usted lea esta carta ya habrá llegado a su confortable casa sin goteras y estará junto a esa señora que merece la muerte. Una muerte que usted no ejecuta porque se resiste a "creer" que pueda tomar ese tipo de decisiones. Seguramente mientras yo escribo esto usted esté junto a su hija. Cenando puré de patatas de sobre acompañado de un filete de cerdo grasiento.

Y será en ese momento, mientras mastique, cuando sea consciente por primera vez, si mañana va a volver o no va a volver a verme en el metro.

Señor Marcos, si mañana usted no me saca a bailar desapareceré para siempre y tal vez de ese modo usted pueda abandonar la partida.

Pero si abandona, señor Marcos, si no me saca a bailar, es muy probable que ya nunca le diga que le quiero. Y aunque eso es algo que podría hacer ahora, no sería del todo cierto. Me resulta imposible amar a una persona de la que desconozco su aroma.

Usted decide.

Carta 21

Él.

Jueves, 22 de noviembre.

Cuando lea estas palabras ya habremos bailado.

"Cabeza, cuello, ojos, pestañas, iris del ojo, cejas, y la vigilia o
el sueño de los

párpados,

Boca, lengua, labios, dientes, paladar, mandíbulas y articulaciones
de las mandíbulas,

Nariz, ventanas de la nariz y tabique,

Todas las actitudes, la belleza de las formas, todo lo que pertenece
a mi cuerpo o al tuyo,

El cerebro con sus pliegues, dentro del cráneo,

Lo femenino y todo lo que constituye una mujer y todo lo que
constituye el hombre que nace de la mujer,

El útero, las tetas, pezones, leche del pezón, lágrimas, risa y
miradas de amor. La voz, lenguaje, susurro, grito,

La extraña simpatía que experimentamos al palpar la carne desnuda
del cuerpo,

La belleza del talle y la deliciosa sensación de la salud;

¡Oh, digo que estas cosas no son sólo las partes y poemas del
cuerpo, las partes y poemas del alma,

Oh, digo que son el alma!"

Walt Whitman.

Cuando lea estas palabras ya habremos bailado.

El repicar de las gotas en un cazo me hace sonreír al pensar en su carta y en lo que usted define como "mi comfortable casa sin goteras". Gota a gota no puedo dejar de imaginármela, ayer, totalmente empapada, leyendo mi carta mientras las letras se emborronaban lentamente, como mi vida. Llueve fuera y dentro de mí. Apenas he cenado, como cada noche, ya que después de verla no puedo probar bocado. Solamente puedo sentarme a escribir. Gota a gota, letra a letra, compongo las palabras que usted leerá mañana. Gota a gota me derramo sobre usted empapándola de mí.

Cuando lea estas palabras ya habremos bailado.

Mañana.

Y nada volverá a ser igual.

Usted y yo habremos cruzado una línea que no tiene vuelta atrás.

Mañana.

Cada parte de su cuerpo y el mío se estremecerá durante los breves instantes en los que un tango santifique la unión de nuestras vidas.

Ya estoy preparado. Sus palabras me han hecho despertar de un largo, largo sueño. Tiene toda la razón, soy un cobarde. Pero ya no más. Nunca más. No con usted. La quiero. Con toda mi alma. Con toda su alma, pues mi alma ya es toda suya.

Mañana.

¿Cómo podré dormir esta noche, junto a mi mujer, sabiendo que mañana usted estará entre mis brazos?

¿Cómo podré dormir esta noche sabiendo que mi hija está durmiendo en la otra habitación, soñando con unas navidades llenas de regalos?

No podré. Fingiré hacerlo y cuando ellas duerman pensaré que nunca más despertarán.

Me siento como un adolescente la noche antes del baile de fin de curso.

¿Qué ropa voy a ponerme?

¿Me sudarán las manos, el pecho, las axilas, la vida?

¿Cómo daré el primer paso?

¿Le gustará mi olor?

Mañana.

Mañana, mañana, mañana. Empieza mi vida.

"Alma mía, sólo falta media hora
y sonriente bajarás del largo tren,
el momento de la hora que se acerca
no lo puede soportar mi corazón."

Hasta mañana.

Carta 22

Ella.

Viernes, 23 de noviembre.

Cubierta de agua, nadando en su cuello, su olor a hombre viejo.

Su aroma...

Tengo su aroma impregnado en mi cabello.

Le quiero.

Aún siento sus manos abrazándome la espalda.

Su mano temblando, deslizándose hasta el nacimiento de mi culo.

¿Por qué no lo agarró? Ya es suyo.

Yo también le pertenezco.

Le quiero.

Su respiración entrecortada.

Su mirada, abrasándome.

Sólo de recordarlo siento que humedezco mis muslos.

La pasión de su aliento cerca de mi boca.

Su boca, entreabierta...

Le deseo.

Sé que estuvo a punto de decirme algo.

Gracias por no haberlo hecho.

Gracias por permanecer en silencio.

PD. Ayer, mientras bailamos, y sin que usted se diese cuenta, guardé tres balas de 9mm en el bolsillo izquierdo de su abrigo.

Carta 23

Él.

Lunes, 26 de noviembre.

El jueves pasado, el 22 de noviembre, será una fecha marcada en mi memoria para siempre. La tuve entre mis brazos, ¡podía escuchar los latidos de su corazón! y después, el viernes, antes de darme su carta, usted me mostró algo a lo que yo no supe corresponder.

Llevo todo el fin de semana pensando en usted. Si cierro los ojos aún puedo verla, sentada ahí, en el mismo sitio, en el mismo vagón, en el mismo metro, mirándome sin mirar. Aún puedo ver cómo usted se subió la falda hasta las rodillas, abrió sus piernas, y me mostró su sexo.

¿Qué esperaba que hiciera? Usted es una mujer tan bella y yo... Estoy perdido al final de sus piernas.

Apenas puedo contener la emoción mientras le escribo, el pulso, mi corazón acelerado, la sangre me arde. La excitación al cubo. Así me tiene usted después de abrirme las puertas de su cuerpo.

¿Qué esperaba que hiciera? Sólo pude hacer lo que hice.

Nada.

Mirarla y al llegar a mi parada coger su nota e irme.

¿Qué esperaba que hiciera?

La necesito. No sé si se lo había dicho antes, pero la necesito tanto. Necesito coger este metro y que usted esté ahí, esperándome. La necesito con toda mi alma, con toda mi rabia y desesperación.

Y sí, tiene usted razón en lo que me dijo en su última carta. El miércoles, mientras bailábamos y le miraba a los ojos, quise preguntarle cuál era su nombre. Sabía que no debía hacerlo. No sé muy bien por qué, pero sabía que no debía hacerlo. ¿Me lo dirá, algún día quizás?

Todo a su debido tiempo ¿verdad? Cada cosa a su debido tiempo. No se preocupe, sabré esperar. Como cada noche espera a su amanecer.

¿Sabe? De madrugada, a las 4.48 exactamente, es cuando se produce el mayor número de suicidios. Las 4.48. ¿Cómo se harán esas estadísticas? Los forenses. Cronotanatodiagnóstico, lo llaman.

Me despierto cada noche de madrugada. A las 4.48. Cada noche contemplo cómo el reloj marca la hora de los suicidas. Me levanto de la cama. Como un despertador. A la hora de la luz. No deseo la muerte, ningún suicida la ha deseado jamás, quizás por eso le escribo cartas y alargo esta letanía. Cuando encuentren mi cadáver me meterán un termómetro por el culo, a esa temperatura le restarán 37 y dividirán el resultado por 0,8. Así calcularán la hora de mi muerte.

Nuestro trayecto sólo dura dos minutos y veinticuatro segundos. Vivimos juntos entre dos paradas durante dos minutos y veinticuatro segundos. 2.24. Exactamente la mitad. La mitad de 4.48. ¿Tendrá algún significado? Probablemente sea una coincidencia. La mitad de una cifra, menuda tontería. La mitad de la hora en la que se mata más gente. De hecho, a las dos y veinticuatro de la madrugada toda esa gente, los suicidas, aún siguen durmiendo. Seguramente felices. Drogados, pero felices. El día que me mate será a las dos y veinticuatro de la mañana. A la mitad. La otra mitad se la dejo a usted. Pero no se mate, usted no se mate.

Siempre suyo,

Marcos.

P.D. ¿Por qué me entregó tres balas de 9mm? ¿Por qué quiere que también mate a mi hija? ¿Algún día me dirá cómo se llama?

Carta 24

Ella.

Martes, 27 de noviembre.

Querido señor Marcos... ¿Qué más da mi nombre? Puedo llamarme como usted quiera... Además, ¿para qué quiere que se lo diga?

Tic, tac. Tic, tac.

Usted ya lo sabe.

Respecto a lo que ocurrió el viernes, decirle que lo único que hice fue mostrarle el origen de mi caridad y ayudarle, de ese modo, a que usted se perdiera completamente en el deseo.

Ya está perdido, le felicito.

Ha llegado al primer piso del castillo.

Yo estoy aquí, junto a usted, le he estado esperando para brindar con una copa de champagne francés mientras suena un tango desgarrado.

Ahora tome impulso, tiene que seguir subiendo hacia la torre, prometo que le dejaré que deslice sus manos viejas bajo mi falda para que pueda sentir lo que su mirada provoca en mí.

Por eso le enseñé mi sexo, quería que usted viese lo tremendamente excitada que estaba.

Desde que bailamos continuó excitada.

Mientras escribo estas palabras estoy excitada.

Aquí, en la cama,

sola.

Excitada.

Pensando en usted.

Aquí, sola... Completamente empapada de mi propia agua.

Aquí, sola... acariciando mi sexo pensando que son sus manos las que lo hacen.

PD: Esta noche iré a un pequeño café situado en la boca de la salida del metro donde usted baja. Quizás lo conoce.

Allí, todos los martes, alguien más viejo que nosotros canta tangos... Me gusta ir allí los martes; llego, me siento sola en la mesa que está frente a la ventana, y espero no sé muy bien el qué.

Tal vez le interese saber que esta noche estaré allí, sin ropa interior, dispuesta a mostrarle lo que ya es suyo y no se ha atrevido a coger porque "cree" que puede molestarle.

Respecto a lo que me pregunta en su posdata creo que no es necesaria ninguna respuesta. Lo único que he hecho es darle la llave que abre el cuarto de la torre.

Lo que hay dentro ya lo sabe.

Carta 25

Él.

Miércoles, 28 de noviembre.

Querida amiga, ¿dónde se ha metido?

Las tres balas que usted me dio abren una puerta. Lo que hay detrás yo no lo sé. Por favor, si usted lo sabe dígame. Y así podré abrir esa puerta y entrar. Sin miedo. Usted me dio la llave. Déme el valor para introducirla en la cerradura y girar el pomo. No lo dude, yo daré el último empujón. Y la puerta se abrirá.

Lo que hay detrás sólo usted lo sabe. Sólo usted.

¿Dónde se ha metido?

Ya es medianoche y usted no está. He pedido dos copas. Alguien más viejo que nosotros, tal como usted decía, canta tangos sin desesperar. A media luz, Volver, La calle sin sueño, La mentirosa, Claudinette..

"Ausencia de tus manos en mis manos,
distancia de tu voz que ya no está...
Mi buena Claudinette de un sueño vano,
Perdida ya de mí, ¿dónde andarás?"

¿Dónde se ha metido?

Frente a la ventana, dónde usted decía en su carta, me siento en una mesa apartada, me tomo mi copa y poco después me tomo la suya. La busco entre las parejas y no la encuentro. A la luz de las velas creo verla en los ojos de cada una de las mujeres sentadas junto a las sombras de sus amantes. Apenas puedo verles. Sólo sus manos, entrelazadas. Sólo sus dedos, haciéndose el amor.

"Tus grandes ojos negros, afiebrados,
llenaron de tiniebla mi pobre corazón."

¿Dónde se ha metido?

Pido dos copas más.

"Medianoche parisina
en aquel café-concert,
como envuelta en la neblina
de una lluvia gris y fina

te vi desaparecer.”

¿Dónde se ha metido?

Pienso en su carta y apenas puedo contener las lágrimas. Me habla de caridad, de castillos y de champagne francés. Me habla de sexo. De su sexo húmedo. ¿Me lo enseña y cree que no tiene importancia? Para mí si la tiene. Mucha importancia. No quiere decirme su nombre. No me lo diga. La llamaré Claudinette.

“Me dejaste con la pena
de saber que te perdí,
mocosita dulce y buena
que me diste la condena
de no ser jamás feliz.”

Y le pido otra copa más, ¿la última? Sé que está a punto de entrar por esa puerta. Lo sé. ¿Pero por qué no entra? Quizás esté enfrente, escondida en un portal pensando en lo que va a decir y hacer cuando entre. Me siento tan solo. Uno de los camareros me mira como si me conociera. ¿Le ha hablado usted de mí?

“Mi sueño es un fracaso que te nombra
y espera tu presencia, corazón,
por el camino de una cita en sombra
en un país de luna y de farol.”

Esta noche no vendrá. Ya no vendrá.

“(…)”

definitivamente ya perdida,

me la negó la calle, la calle de París.”

En la esquina de la 32 y la 12, donde habita mi madre, está enterrado mi corazón.

Desesperadamente,

Marcos.

Carta 26

Ella.

Jueves, 29 de noviembre.

Señor Marcos. Yo no sé lo que hay detrás de la puerta. Nadie sabe lo que hay detrás de la muerte.

Nunca más. “NUNCA”, intente hacer lo que esta tarde estuvo a punto de hacer en el metro. Nunca más intente dirigirme la palabra. Esta comunión entre ambos sólo tiene sentido a través de las palabras que escribimos. Esas son las reglas. Si las rompe, pierde. Además, ¿qué quería? ¿Acaso pensaba que iba a justificar mi ausencia si me preguntaba por qué no había ido a su encuentro? ¿Pretendía usted exigirme una respuesta?

¿Cómo se atreve a exigirme nada si aún no ha utilizado mis tres balas? ¿Cómo se atreve a exigirme nada después de bautizarme con un nombre tan vulgar? Solo las putas merecen ser llamadas así.

Señor Marcos: ¿cree que soy una puta?

Señor Marcos. Yo estaba allí. Estaba allí y le vi. Sé las horas que pasó en aquella mesa, sé todas las copas que bebió.

Le vi escribir la carta... Lo que no sé es lo que le dijo a su mujer cuando regresó a su casa... Señor Marcos, usted no conoce la palabra caridad. Es usted un ser despreciable...

¿Sabe?

Yo estaba allí, mirándole tras el cristal. Allí... Y usted no fue capaz de verme.

Señor Marcos, usted no "cree" en mí.

¿Sabe?

Mi madre hacía el mejor pan del mundo.

Una vez tuve un gato al que maté con mis propias manos por caridad.

Yo alguna vez fui una niña pequeña y como todas las niñas pequeñas, pensé que había una vida preciosa que me estaba esperando. Pero hay tanta mentira en eso de crecer. Tanta mentira que, cuando por fin un día te das cuenta que en realidad eres víctima de tu propio decorado, ya es demasiado tarde: sólo queda la sangre, la decepción y una vida a la deriva.

Señor Marcos, yo creo en cualquier dios, en el azar o en un desconocido que me haga sentir que ha merecido la pena. Vivir. Que todo o parte o algo tiene sentido. Por eso, acepto que la única salida que nos queda, hasta que llegue el día de dejar de "creer", es sentarnos en la mesa de un pequeño café donde poder escribir cartas para no sabemos muy bien quién.

Carta 27

Él.

Viernes, 30 de noviembre.

Bla, bla, bla, bla, bla.

Claudinetto, esta noche el viento silba y se queja y golpea contra ventanas, puertas y fachadas. Suspira y se agita, igual que yo mientras le escribo estas líneas.

Es usted otoño, es usted invierno. Es infierno. ¿He de creer en el infierno? Infierno de mis días y de mis noches. Creer en usted es condenarme para siempre. Haga conmigo como con su gato y máteme, por favor. Claudinette, pequeña asesina sin corazón, usted no sabe lo que es la caridad. Déjeme en paz.

Es usted una falsa y una embustera. ¿De veras quiere hacerme creer que estubo en el café? ¿Me está tomando el pelo? No juegue conmigo señora mía, no de esa manera. ¿Pretende que crea que estubo allí y yo no la vi? Claro, y del cielo llueven orinales.

Señora, si realmente hubiera estado allí no me habría hecho falta verla. El olor de su sexo es tan fuerte que la hubiera descubierto en seguida. Usted no estubo allí. No estubo. Entérese de una vez. Me dejó tirado como a una colilla y, no siendo aún bastante, me pisó con la punta de su zapato hasta apagarme. Píseme, vamos señora, píseme, pero no me tome por idiota o por loco. Es usted una zorra sin sentimientos y eso, he de reconocerlo, me excita sobremanera, pero todo tiene un límite y usted, mi querida señora, lo ha sobrepasado por mucho.

Acaba de perder todos sus comodines, señora mía.

Estoy en su castillo y recorro todas sus estancias, todas, una a una y sólo encuentro basura. Bolsas y más bolsas de apestosa basura. Señora, saque toda su mierda a la calle, que ya huele.

Su juego me ha decepcionado. Usted me ha decepcionado. La creí una persona auténtica y sólo es una puta mentirosa. Como todas. Una más.

¿Sabe una cosa, Claudinette?

La odio.

Carta 28

Ella.

Lunes, 3 de diciembre.

Hallazgos de autopsia. Instituto de medicina legal de Buenos Aires.

Una mujer de 52 años de nacionalidad argentina fue hallada en posición de decúbito supino sobre la cama del dormitorio. El cuerpo estaba parcialmente cubierto por el edredón y la zona facial cubierta por un almohadón. Tras retirar el almohadón de la región facial, se observó la cabeza introducida por completo en una bolsa de plástico de auto cierre por tracción, reforzada en torno al cuello con cinta adhesiva transparente. En la casa, cuya entrada no estaba forzada ni existía desorden o señales de lucha, se encontró también un lazo de ahorcadura sujeto a una tubería, un cuchillo de 30 cm con hoja plana monocortante ligeramente ensangrentada, un frasco de Valium® 5 mg vacío y varias cajas de Dormidina® abiertas. No se localizó bibliografía pro-eutanasia.

El lazo de ahorcadura y el cuchillo ensangrentado habrían sido utilizados por ella misma al realizar intentos auto líticos fallidos.

Se considera que la muerte ocurrió por anoxia anóxica por SBP. (Sofocación por bolsa de plástico).

Se daba la circunstancia que el hijo de la fallecida se encontraba hospitalizado por graves lesiones secundarias ocurridas días antes al precipitarse con presunta intención suicida desde la segunda altura de la vivienda. Fue el hijo al despertar de su inconsciencia quién informó de la posibilidad del fallecimiento de su madre.

P.D. Señor Marcos, resulta tan evidente como aburrido el hecho de que usted me llame con el nombre de su madre, tan previsible, tan vulgar... Por favor, insisto en que no vuelva a llamarme con ese nombre de puta, yo no soy su madre. Señor Marcos, deje ya de preguntarme mi nombre, me aburre y como ya le dije hace tiempo, usted ya lo sabe.

Carta 29

Él.

Martes, 4 de diciembre.

¿Quién coño es usted? ¿A qué está jugando?

¿De dónde ha sacado la autopsia de mi madre? ¿Cómo sabe usted todas esas cosas?

Me siento tan perdido.

No quiero que vuelva a coger este metro nunca más.

Carta 30

Ella

Miércoles, 5 de diciembre.

Sus ojos sólo ven lo que quieren ver.

Señor Marcos, continúe caminando. Ya está en el pasillo frente a las escaleras que suben directamente hasta la habitación de la torre.

Carta 31

Él.

Jueves, 6 de diciembre.

¡Dígame su nombre! Se lo ruego.

Dígame su nombre o no vuelva a este metro.

La odio.

Carta 32

Ella.

Viernes, 7 de diciembre.

No le creo.

Usted dice que me odia. Pero su cuerpo le traiciona. Me desea. Puedo sentir y oler el deseo. Apenas puede respirar. Cada día, cuando se levanta y se acerca a la puerta de salida, su cuerpo se estremece y se vuelve del revés. ¿Aún piensa en mí cuando por la noche llega a su

casa, se desnuda y se acuesta en la cama junto a su mujer? Yo sí lo hago. Cada noche.

Señor Marcos, los dos sabemos que si aún no ha culminado su obra es porque además de ser un cobarde, le gusta alimentarse de mí, de la pasión de compartir casi dos minutos y medio de deseo contenido, inexplorado e insatisfecho.

Si realmente me odia acabe con esto. Usted sabe cómo.

Carta 33

El.

Lunes, 10 de diciembre.

Me odio.

Carta 34

Ella.

Martes, 11 de diciembre.

Entiendo que se odie.

La gente que justifica sus actos, la gente cobarde y la gente simple, no merece el privilegio de poder ser amado.

Esa gente, no merece tener el privilegio de poder vivir.

Señor Marcos, no justifique lo injustificable.

Deje de odiarse. Sea valiente y acelere sus pasos. Haga lo que desea hacer y deje de dudar.

Señor Marcos: actúe.

Carta 35

Él.

Miércoles, 12 de diciembre.

¿Por qué me hace esto?

Se lo suplico, igual que una vez usted me suplicó: abandone este metro definitivamente. Deje de empujarme hacia un lugar al que no quiero llegar.

Déjeme en paz.

Carta 36

Ella.

Jueves, 13 de diciembre.

Es usted quien lo está haciendo todo.

Es usted quién camina solo.

Es usted quién ha hecho que ya sea demasiado tarde.

Señor Marcos: crea en mí, crea en usted.

Crea en nosotros.

Carta 37

Él.

Viernes, 14 de diciembre.

Creo en usted.

A pesar de no saber qué quiere de mí,
creo en usted.

Carta 38

Ella.

Lunes 17 de diciembre.

Señor Marcos, necesita comprender que el final comienza a estar muy
cerca. Quizás es hora de despertar.

Mientras tanto, y hasta que usted decida abrir los ojos, quiero saber.

Carta 39

Él.

Martes, 18 de diciembre.

¡¿EL QUÉ?!

Juro que intento comprenderla, lo intento, pero no lo consigo. Usted
me insulta, me desprecia, pone sus normas, me enseña su entrepierna...

¡¿Qué más quiere de mí?!

Carta 40

Ella.

Miércoles, 19 de diciembre.

Quiero saber si su madre también amasaba pan.

Quiero saber qué recuerdos pasarán a formar parte del olvido cuando
usted ya no coja este metro.

Quiero saber para poder recordar cada vez que lea estas notas que una vez, usted, fue, sintió y existió.

Quiero saber para no olvidarle y que de ese modo no muera completamente.

Quiero saber todo lo que morirá junto a usted cuando usted muera.

Carta 41

Él.

Jueves, 20 de diciembre.

Quiere que muera y yo no quiero morir.

Aún no.

Temo que si lo hago usted me olvide... No me olvide, no puede olvidarme, no debe olvidarme. La quiero tanto...

quizá demasiado.

El olvido, sin duda, es la peor de todas las muertes. No me asusta el dolor, podría paliarlo, y sí, me asusta la muerte, pero ¿qué es la muerte? La pérdida. La pérdida de la consciencia, de la memoria, para siempre. No, eso no podría soportarlo.

Lo sé, soy cobarde. Pero ¿sabe?, los muertos mueren cuando nos olvidamos de ellos.

Así pues, aquí estoy, una noche más, dejando como testigo de mi existencia unas notas que recuerden que una vez estuve aquí frente a usted y fui el hombre más feliz. El hombre más feliz de este metro, al menos.

¿Qué quiere saber?

Esta noche, mientras usted lee esta carta, mientras mi familia cena felicidad, mientras yo sólo pienso en usted, Claudia, mi pequeña, me sonreirá.

¿Es ésta una de las cosas que quiere saber?

Pues sí, lo hará. Y después se vomitará toda la cena encima. Pobre Claudia, siempre enferma. Y saldremos corriendo al hospital. Tengo preparada una maleta junto a la puerta, con sus cosas.

¿O prefiere que le cuente lo que le dije a mi mujer la noche que usted me dejó plantado en el café?

Nada.

Ese será el testigo que deje de aquel día.

Nada.

Querida compañera de trayectos ferroviarios, yo no pretendía que usted se disculpase ante su ausencia aquella noche. Tan sólo pretendía oír su voz. Necesito creer. ¿Y qué recibo de usted?

Nada.

Usted me regala tres balas. Pero no me dice por qué. Usted quiere que mate a mi mujer y a mi hija, pero no me dice por qué. Usted quiere que después me pegue un tiro y no sé por qué. Dígamelo... se lo suplico, necesito creer. Usted no me conoce, no quiere conocerme. ¿Qué sé yo de usted?

Nada.

Sólo somos dos extraños en un tren.

Nada más.

PD. La palabra companaje me sabe a salado. A niñez. Me sabe a bocadillo después del colegio. Me sabe a deberes. Me sabe a enfermedad. Me sabe a mi madre durmiendo a mi lado en el hospital. Me sabe a nostalgia. Me sabe a por fin, ya pasó. Me sabe a fiambre. De pan. Carne muerta cortada en finas lonchas.

De niño siempre estaba enfermo. Mi madre tenía preparada junto a la puerta de entrada una pequeña maleta con mis cosas porque en cualquier momento teníamos que salir corriendo a urgencias. Crecí rodeado de médicos y supongo que por eso siempre quise ser uno de ellos. Un forense también es un médico. El médico de la muerte.

Companaje me sabe a esta noche hago yo la cena. Me sabe a prisas. A desgana. Me sabe a comida. Me sabe a usted. ¿Sabe? Preparo unos bocadillos excelentes.

Carta 42

Ella.

Viernes, 21 de diciembre.

Querido Señor Marcos, usted tiene todas las respuestas.

Querido señor Marcos, usted, de niño, nunca estuvo enfermo.

Querido señor Marcos... usted, de niño, mató a un gato con sus propias manos.

Querido señor Marcos, su hija Claudia, su pequeña, no se tirará por la ventana, como usted.

P.D. Y ahora, si quiere, puede seguir envenenando a su hija igual que su madre lo hacía con usted. Aunque sinceramente creo que la opción de una bala de 9mm es mucho más rápida y limpia.

Carta 43

Él.

Lunes, 24 de diciembre.

Querida Claudinette, estoy muy asustado.

Me aterra que mi cabeza explote esparciendo mis sesos por el andén. Me aterra no entender. Me aterra quedarme perdido en ningún lugar.

¿Sabe? Mientras mi mujer y mi hija trinchan el pavo, yo me encuentro en este sueño ¿o es vigilia?... No sé si vivo... ¿Casi muerto? Perdido... Frente a mí, la frontera que abandona la razón. Más allá, el abismo.

Me gustaría tanto que las cosas fueran diferentes... Tanto...

Me gustaría invitarla a cenar y hablar con usted, no sé, de arte, de pintura.

Quizá la Nochebuena del año que viene la invite a cenar. ¿Usted sabe cocinar? Yo no. Quizá le prepare un bocadillo...

Tal vez...

De momento no. Tengo tanto miedo a perderla...

Así pues, prefiero continuar escribiendo estas cartas, no quiero saber lo que hay más allá de mi parada.

Querida Claudinette, le deseo una feliz Navidad.

Carta 44

Ella.

Miércoles, 26 de diciembre.

Querido señor Marcos, ¿cuántas veces más le tendré que decir que deje de llamarme con ese nombre de puta?

Querido señor Marcos.

Mientras le escribo estas líneas deseo de todo corazón que su vientre no haya reventado tras atiborrarse a cerdo y polvorones navideños.

¿Realmente cree que la próxima Nochebuena cenaremos juntos un bocadillo de miserias, de fracasos y de pérdidas?

¿Realmente se ha detenido a imaginar la estampa?

¿Se imagina usted a mi lado comiendo dulces navideños mientras tocamos la pandereta vestidos con ridículos gorritos de papel?... No, señor Marcos, conmigo no va usted a hacer esas cosas.

Y usted lo sabe.

Usted sabe que no quiero cenar con usted, sabe que no quiero ir al centro comercial con usted, sabe que no quiero fugarme y empezar un idilio adolescente con usted. Usted lo sabe.

¿Se ha preguntado por qué mi cama está vacía? ¿No se le ha ocurrido pensar que tal vez en el fondo yo lo deseo así?

Señor Marcos: aparéese conmigo, utilíceme, hágame el amor y prepárese para el final.

No tenga miedo a dar ese paso.

Deje definitivamente de justificar sus actos y deseos pues estos son los que hacen que usted sea único.

Sea valiente y deje de andar por el camino de la letanía.

Querido señor Marcos.

Ya está frente a la habitación.

Ya tiene las llaves.

Ya ha cruzado la frontera.

Usted es el único protagonista de este juego.

Usted decide cuándo. Pero sepa que atrás ya no queda nada. Bueno, sí, silencio y sombras.

Carta 45

Él.

Jueves, 27 de diciembre.

¿Yo decido?

De acuerdo.

Así pues, tal y como usted dice, soy yo quien decidirá cuando entro en la habitación. Soy yo quién decidirá cuándo llegar a la última estación.

Querida Claudinette, usted sólo entiende de castillos, de torres y de reglas del juego... sus reglas. Pero tiene usted razón, yo soy el único protagonista de este juego.

¿Sabe? Estuve a punto de alejarme de usted y abandonar la partida.
Pero no lo hice. Usted no me ha ayudado a nada.
Usted me ha empujado.
Es usted la responsable de esta agonía.
Y quisiera odiarla por ello, pero no puedo.
Y me odio tanto por no hacerlo.

Aún así, si usted no me dice su nombre yo la seguiré llamando como a una puta y la trataré como a tal.

Claudinettes, mi amor, quiero saborear el final de esta partida.

Voy a saborear el final del juego.

Por eso, mañana viernes, si usted coge este metro y no me dice su nombre, durante dos minutos y veinticuatro segundos, usted será enteramente mía.

¿Me ha entendido, verdad?

Enteramente mía.

Carta 46

El.

Lunes, 31 de diciembre.

Escribir para no olvidar, olvidar lo que no escribí.

Señora mía, el tiempo borra las huellas de la memoria. Siempre. Pero cada vez que usted despliegue esta carta y vuelva a leerla, todo lo que sucedió volverá a suceder. Palabra por palabra.

Tal y como está escrito.

Tal y como ocurrió.

No dudé ni por un instante que usted cogería el metro el viernes pasado y no me diría su nombre.

Amada señora mía, cierre los ojos.

Quiero mirarla, la he mirado mucho, tanto, pero no era para mí, ahora lo será, dos minutos y veinticuatro segundos enteramente mía, se lo ruego, quiero mirarla, su cuerpo, su piel, cierre los ojos, y acaríciense, se lo ruego,...

No tenga miedo, permanezca en silencio, nadie nos verá.

Es hermosa su mano en su sexo, no se detenga, a mí me gusta mirarla, amada mía, no abra los ojos, todavía no, no debe tener miedo, no debo tener miedo, estoy cerca de usted, ¿me siente?, estoy aquí, la puedo rozar, no abra los ojos y tendrá mi piel, tendrá mis labios, cuando la toque por primera vez será con mis labios, usted no sabrá dónde, de repente sentirá el calor de mis labios sobre usted, no puede saber dónde si no abre los ojos, no los abra, sentirá mi boca, de repente,...

No tenga miedo. Nadie nos verá.

... tal vez sea en sus ojos, pestañas, cejas, o en el sueño de los párpados, o tal vez sea en su sexo, apoyaré mis labios, allá abajo, y dejaré que mi lengua entreabra su sexo, mi saliva descenderá hasta su mano, mi beso y su mano, uno dentro de la otra, en su sexo.

Permanezca en silencio. No tenga miedo. Nadie nos verá.

Su lengua en mis labios, aferrada a mis caderas, usted deja que me deslice dentro de su sexo, despacio, quién podrá borrar esto, dentro de usted me muevo lentamente, sus manos en mi rostro, sus dedos en mi boca, el placer en sus ojos, me muevo lentamente, pero hasta hacerle daño, placer, mi cuerpo sobre el suyo, sus brazos no dejan que me marche, mis ojos buscan los suyos, quiero saber hasta dónde hacerle daño, hasta donde quiera, no hay final, no acabaré, ¿lo ve?, nadie podrá borrar este instante que sucede, para siempre echaré la cabeza hacia atrás, conteniendo un grito ahogado, para siempre cerraré los ojos separando las lágrimas de mis pestañas, no queda tiempo para huir ni fuerzas para resistirse...

¿Quién podrá borrar este instante que sucede?, y este cuerpo mío, sus manos que lo tocan, sus ojos que lo miran.

Tenía que ser este instante, y este instante es, créame, amada señora mía, este instante existirá, de ahora en adelante, existirá, hasta el final.

Lo que era para nosotros, lo hemos hecho.

No tenga miedo, permanezca en silencio. Nadie nos verá.

P.D. El viernes, después de hacer el amor, y sin que usted se diese cuenta, le dejé una copia de las llaves de mi casa en el bolsillo izquierdo de su abrigo.

Venga esta noche, a las 2.24 de la madrugada abriré la puerta de la torre y entraré dentro.

Quiero que usted lo vea.

Carta 47

Ella.

Miércoles, 2 de enero.

Estoy dentro, junto a usted.

El lunes 31 de diciembre usted entró en mí, y desde entonces yo permanezco unida a usted.

Ya no somos dos extraños en un tren.

Somos uno.

Uno.

Ya está preparado para llegar a la última estación... O al menos así lo creía.

Señor Marcos, esta noche he visitado su confortable casa de dos alturas, con jardín, chimenea, piano en el salón y un sin fin de comodidades compradas en centros comerciales para intentar llenar su vida de felicidad feliz.

La pasada madrugada, a las 2.24, usted y yo éramos uno.

Y lo fuimos mientras usted se levantó de la cama, lo fuimos mientras apuntó con el arma a su mujer y a su hija mientras ellas soñaban con un año nuevo mejor que el pasado. Un año nuevo cargado de esperanza.

Durante esos instantes, estuvimos tan unidos como cuando hicimos el amor en nuestro vagón.

Tic tac, tic tac...

Pero usted no disparó, Señor Marcos.

Usted no se lanzó al abismo.

Usted creyó que no podía saltar.

Usted fue un cobarde.

Señor Marcos,

usted me ha sacado de la habitación de la torre y ahora está sólo.

Señor Marcos, este ha sido su final.

Señor Marcos, ya no podrá salir de ahí.

Señor Marcos,

la partida ha terminado.

Usted, haga lo que haga a partir de ahora, ya no podrá ganar.

Haga lo que haga. Ya ha perdido.

Lo que ocurrirá a partir de ahora,

es solo agonía.

Señor Marcos, me encantaría despedir esta, mi última carta, diciéndole mi nombre. Pero querido señor Marcos, yo no tengo nombre, y en caso de tenerlo, sonaría como el suyo.

Señor Marcos.

Fue un placer pasar junto a usted dos minutos y veinticuatro segundos.

Atentamente.

Yo.

Jueves 3 de enero.

Él.- (Hay algo en su "estar" que transmite cierta alegría infantil y serenidad) Hola.

Ella.- (...)

Él.- Hola.

Ella.- ¿Hola?

Él.- Abrí la puerta y entré en la torre. He saltado al abismo, lo he hecho. Quizá algo tarde, lo sé, ¡pero lo he hecho! Cuando usted se marchó de mi casa enfadada supe que debía hacerlo pero no fue hasta leer su última carta cuando realmente descubrí que ya era el momento.

Ella.- (Muy amable) Creo que usted se confunde...

Él.- (Cortándola) Claudinette, no tenemos tiempo que perder... "Nuestros deseos se confunden y nos confunden", usted me lo dijo, usted me lo escribió.

Ella.- (Algo desconcertada) Perdone, pero no le entiendo.

Él.- ¿Qué es lo que no entiende? Usted me las dio, quería que lo hiciera.

Ella.- Caballero, creo que...

Él.- ¡Me llamó cobarde! No me diga que ahora ya es tarde, por favor, no me lo diga...

Ella.- ¿Tarde? ¿Tarde para qué?

Él.- Sé que debería haberlo hecho hace dos noches cuando usted estuvo en mi casa pero... ¡Lo hice ayer! Anoche, después de leer su última carta.

Ella.- (*Contundente*) Señor, se está confundiendo de persona.

Él.- Claudinette, yo...

Ella.- Oiga, perdone pero yo a usted no le conozco de nada. Le repito: se está confundiendo de persona.

Él.- Soy yo... ¿No me ve?

Ella.- Claro que le veo.

Él.- Míreme bien. Mi olor, mi aroma impregnado en su cabello.

Ella.- Perdone, pero no sé de que me habla.

Él.- ¿¿Cómo se atreve...?! ¿¿No sabe de qué le hablo?!...

(*Pausa*) Le hablo de mí. De mi vida. Le hablo de cartas escritas de madrugada. Le hablo de nosotros. De nosotros haciendo el amor en este vagón. ¡Hace apenas una semana! Le hablo de más de dos meses de una relación de dos minutos y veinticuatro segundos al día. Cada día. Sin poder hablarle. Cada día. Le hablo de dolor. De mi dolor. Le hablo de mi familia, de mi hija, de lo mucho que las he querido. Le hablo de sufrimiento. Y de amor. Le hablo de amor. De un amor que ha ido

creciendo carta a carta. La amo. Con todo mi corazón. Sin usted no lo hubiera hecho. Usted me dio la fuerza y la razón. Gracias.

Ella.- *(Muy dulce, como si le hablase a un niño pequeño)* Perdone, verá... No dudo de todo lo que me dice pero le repito que se confunde de persona. Usted y yo nunca nos hemos mandado cartas ni hemos hecho el amor.

Él.- *(Desconcertado)* ¿Cómo dice?

Ella.- Verá, estoy casada y tengo tres hijos, yo no le hago daño a nadie... Y ahora, si me permite... *(Se levanta del asiento con intención de irse)*

Él.- *(Enfadado)* ¿A qué está jugando? ¿A dónde va?

Ella.- *(Empezando a estar realmente incómoda)* Yo no juego a nada. Ahora mismo me voy, si no le importa...

Él.- *(Cortándola)* ¡He hecho todo lo que usted quería!

Ella.- *(Harta)* ¡Yo no le he pedido nada! Usted y yo no habíamos hablado nunca. NUNCA.

Él.- Sus reglas. Su juego. Claudinette, no podíamos. Sólo a través de las cartas...

Ella.- Yo no me llamo así. ¡Usted está loco!

Él.- LO HICE; Ya he usado dos de sus balas. Sólo me queda una...

Ella.- Oiga, yo no quiero problemas.

Él.- Anoche, después de leer su carta, maté a mi mujer y a mi hija. ¡LO HICE!

Ella.- ¿QUÉ?

Él.- ¡Todo ha terminado! Claudinette, mi amor... (*Él se acerca a ella*) Quiero que volvamos a ser uno.

Ella.- (*Apartándose*) ¡No me toque!

Él.- Yo la quiero, cómo puede pensar que yo... ¿Por qué me mira así?... Usted y yo... más de dos meses escribiéndonos cartas... ¡¿Por qué me mira así?!

Ella.- ¡Yo a usted no le conozco de nada!

Él.- ¿Es parte de su juego?

Ella.- No sé de qué juego me habla. Siempre me había parecido una buena persona. Coincidimos todos los días en este metro, nunca antes habíamos hablado...

Él.- No podíamos. Las reglas... ¿No lo entiende? Por favor, ahora, dígame cómo se llama, quiero saber como se llama.

Ella.- ¿Mi nombre?

Él.- Sí... me lo debe. (*La coge por los hombros*)

Ella.- ;Suélteme! Yo no le debo nada. ;Por favor déjeme!...

Él.- ;Dígame su nombre! ;Deje de jugar conmigo!

Ella.- ;Yo no estoy jugando a nada! No estoy jugando a nada, yo no
estoy...

Él saca una pistola.

ÉL.- ;Es usted una puta!

Ella grita.

Él.- ;Cállese! ;¡Yo la he amado!!... ¿Y qué recibo a cambio?
Desprecio. Usted se ríe de mí.

Ella.- Por favor, mis hijos, por favor...

Él.- ¿Qué hay de las cartas que le he escrito y que usted me ha
contestado?

Ella.- ;Yo no le he escrito ninguna carta! ;Se lo juro!

Él.- ;¿Y esto qué es?!

*De su maletín de piel desgastado saca un puñado de hojas y se las
enseña. Hojas y hojas en blanco.*

Ella.- *(Llorando, muy asustada)* Ahí no hay nada... Nada.

Él.- No puede ser, usted y yo... las cartas... usted me escribió... ¡Me las han robado! ¡¡¡Mis cartas!!!

El metro llega a la estación y comienza a frenar. Él la apunta con la pistola.

Ella.- (Aterrorizada) Por favor... no lo haga... por favor...

Él.- La eché de la torre y ahora estoy solo, ya no podré salir, usted gana y yo pierdo. Todo ha terminado.

Ella cae al suelo.

Ella.- (Llorando) No sé de qué me habla...

Pausa.

Él.- (Recobrando la serenidad y completamente lúcido) Perdona, lo siento... Tiene usted razón... Yo... (Baja el arma y comienza a llorar suavemente) Por favor,... (Ayuda a Ella a incorporarse) ¿Sería usted tan amable de decirme su nombre?

El metro se detiene completamente.

Ella.- ¿Mi nombre?

Él.- Por favor.

Las puertas se abren. Ella da unos pasos hacia atrás y sale del vagón.

Él.- *(Hablandole a Ella como si fuera una niña pequeña)* Tranquila, no tema. No tenga miedo, ya me voy. Me voy sólo, siempre quise saber qué había más allá de esta estación. Tranquila, no tema..

Ella.- *(No sabe muy bien qué decir)* Yo..

Él.- Por favor, se lo ruego, le parecerá una tontería, pero ¿podría decirme su nombre?

Pausa.

Ella.- *(Más calmada)* Mi nombre es..

Las puertas se cierran justo delante de Ella. Él la mira a través del cristal de la puerta con infinita ternura. El metro se pone en marcha, Él cierra los ojos y entonces se pega un tiro en la cabeza.

Ella grita.

El ruido del metro alejándose ahoga su grito.

Dentro del vagón, camino de la última estación, yace el cuerpo sin vida de él.

Junto a su cuerpo, empapadas en sangre, un montón de hojas en blanco.

Oscuro.